

## RECUERDOS DE TEATRO.

Por: Rafael FRONTAURA.

A veces, uno, que ha vivido inolvidables años en el teatro y alrededor del teatro, en la prensa y alrededor del periodismo, echa a caminar por encantados senderos de evocación, y se tropieza con episodios divertidos y tiernos, grotescos y absurdos, que fueron formando el agrídulce anecdotario de nuestra existencia farandulera. Entonces, en esa hora de evocación, aparecen rostros que estaban medio desvanecidos en la distancia, voces que se habían apagado casi por completo, gestos y ademanes, palabras y risas, que vuelven aleteando para traernos el recuerdo de alguna anécdota graciosa o emocionante.

De estas excursiones, que a menudo hago por mi revuelto pasado nocherniego y aventurero, voy a extraer algunos relatos verídicos, que parecen mentiras, y los contaré a los lectores con auténtico tono de mentira para que se vea que son verdad.

Así nos remontamos, como quién dice ayer, hasta hace cuarenta y tres años, en el camarín principal del recientemente demolido Teatro La Comedia, llamado posteriormente Lux. En ese camarín se vestía Tórtola Valencia, la genial intérprete de la danza, que realizaba su primera temporada en Santiago, con un éxito enorme. Sus caprichos temperamentales se comentaban tanto como las excelencias de su arte maravilloso. A ese camarín refulgente, concurría en los entreactos un grupo de periodistas, de escritores y pintores, que iban a admirar y a felicitar a la eximia bailarina catalana. En ese grupo reverente, iba el poeta colombiano Claudio de Alas, famoso por sus gestos bizarros, con su rostro anguloso de mulato rubio, su traje negro y un tongo ridículo sobre su cabeza motuda. Claudio acababa de editar su libro "Psalms de Muerte y de Pecado",

que había encontrado buena acogida entre público y crítica. Tórtola le dijo al saludarlo: "Espero que me envíe su libro", y Claudio, con una altivez de príncipe ofendido, le contestó: "Vale cinco pesos, señora..." Tórtola lo compró al día siguiente y se lo entregó a Claudio para que se lo firmase. El bardo colombiano le escribió un bello soneto como dedicatoria, y se lo devolvió en la noche con un estupendo ramo de rosas, que valía unos cien pesos de entonces.

-----ooOoo-----